

CASA DE COLON

EXPOSICION
DE DIBUJOS DEL
VIEJO MADRID

Por SANTIAGO SANTANA

BIG
74SAN
EXP
exp

EXCMO. CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA

1968

LOS APUNTES MADRILEÑOS DE SANTIAGO SANTANA



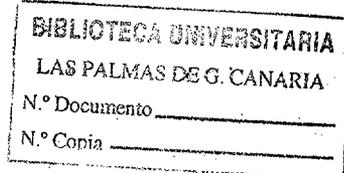
MUESTRARIO inagotable de tipos y contrastes. Repertorio fecundo de caracteres y rincones. Escenario vivo de esencias y gentes. Síntesis variopinta de urbe superpoblada y aldea manchega, ciudad y villa, zoco y estatua ecuestre, contraluz violento bajo la arcada redonda de la Plaza Mayor.

Madrid, a mediodía. Madrid, a media tarde. Madrid, a media noche. Madrid, amanecer. Madrid, ocaso. Madrid, a cualquier hora. Madrid, siempre. Lugar y tiempo, espacio e instante siempre propicios para el apunte de un pintor.

Por obra de la gracia y de la ironía de Goya, Madrid ha quedado irremisiblemente prendido en la temática pictórica hispana de estos dos siglos. Y desde los Caprichos y Desastres de la guerra, desde el Dos de Mayo y los Fusilamientos de la Moncloa, el pueblo madrileño, aprisionado entre los trazos nerviosos y humanísimos de la definición goyesca, quedó convertido en uno de los más cabales espectáculos artísticos de la vieja Europa.

Los costumbristas románticos nos habituaron a adentrarnos por las calles y plazuelas, por las tertulias y cafés, por las posadas y los atrios de los templos, cabe las peraltadas cúpulas y chapiteles vestidos de pizarra, haciéndonos familiar cada rincón, conocida cada taberna, transparente cada cenáculo político o literario, hasta las más recónditas entretelas de un amorío o una conspiración. Por obra también de la gracia y de la humanísima pincelada de otro forastero, tan genial como el aragonés de Fuendetodos, nuestro inmenso don Benito Pérez Galdós, Madrid y sus gentes siguieron siendo el más variado y divertido espectáculo, el más atractivo señuelo de nuestra curiosidad y nuestra retina.

Literatos y pintores, no siempre con el marchamo pintoresco de un Alenza o de un Elbo, a veces bajo la garra insolente de un Solana, han continuado extrayendo de la escena matritense, ampliando y corrigiendo las impresiones ya añejas de Mesonero Roma-



nos, multivarios apuntes, enfoques diversos, ángulos nuevos de todo cuanto anima o ensombrece a la villa y corte.

Avisados por tan numeroso cortejo de plumas y pinceles, resulta difícil, complejo y hasta casi imposible que surja un cicerone más, un acompañante original y perspicaz, un guía informado y sugerente que nos descubra nuevos y desconocidos chaflanes, sonrisas o muecas distintas en los viejos rostros sentados al sol tibio del otoño, luces y contraluces inéditos bajo el viejo sol ibérico de la meseta.

De aquí la tremenda dificultad, la animosa gesta de Santiago Santana, de los apuntes madrileños de Santiago Santana, con que se abren estos remozados y antañones salones ahora incorporados definitivamente a la arquitectura góticoflamígera de su rancia portada cuatrocentista y a las empresas culturales de esta Casa de Colón, escaparate de las inquietudes del Cabildo Insular de Gran Canaria.

No son de hoy estos bosquejos y, sin embargo, poseen todos la vibración y la vivacidad de algo fresco, espontáneo, vital. No en vano poseía ya el artista a la hora en que Madrid y sus calles se adentraron por sus pupilas, allá por los primeros años treinta, la soltura y seguridad de un dibujante experto y directo, la maestría que nunca le ha faltado desde que se forjó en las aulas meritisimas de la Escuela Luján Pérez y con la ayuda del Cabildo Insular, cambió los platanales de su Arucas natal por los talleres de Barcelona, y tras un ilusionado viaje parisino, alternó las clases de la Academia madrileña de Bellas Artes con sus primeras exposiciones en Madrid.

Santiago Santana imprime a sus dibujos —esta es su modernidad y perenne afirmación— el gesto nervioso y la animación gozosa de quien, como Goya y como Alenza, supo ver en la calle el espectáculo radiante de la vida. Aprisionados en el trazo de un lápiz sabio y sensible, los instantes madrileños que captó en cada apunte quedan ahí, sobre el papel, prendidos para siempre, rápidos, certeros.

Muchas de estas estampas, desaparecidas, si no la luz, sí muchas de las gentes y encrucijadas que la avalancha urbanística de hoy ha barrido para siempre, tienen además el encanto romántico, la nostalgia serena, el testimonio de un Madrid que todavía brilla en nuestra retina, pero es, ya, irremisible recuerdo.

JESÚS HERNÁNDEZ PERERA

Catedrático de Historia del Arte
en la Universidad de La Laguna.

NUEVA VISION Y VERSION DE MADRID.

ESAS dos eses que silban y serpean en un extremo de la blanca llanura del papel, desierto de mármol o de nieve, donde ha surgido una creación de arte al conjuro de la varita mágica del lápiz, no son un doble signo interrogante que traza su curva como el ureus, la sierpe sagrada de los egipcios, sobre la frente de los faraones.

LA ese repetida, alto blasón en Castilla, letra simbólica forjada en las rejas señoriales del palacio ducal de Frías, en Ocaña, es el recuerdo de que fue en tal casa donde Gutierre de Cárdenas señalara a la princesa Isabel, diciendo dos veces "ese", cómo el mejor mozo de España habría de ser entre todos sus pretendientes el llamado a compartir con ella la ecumenidad de su reinado.

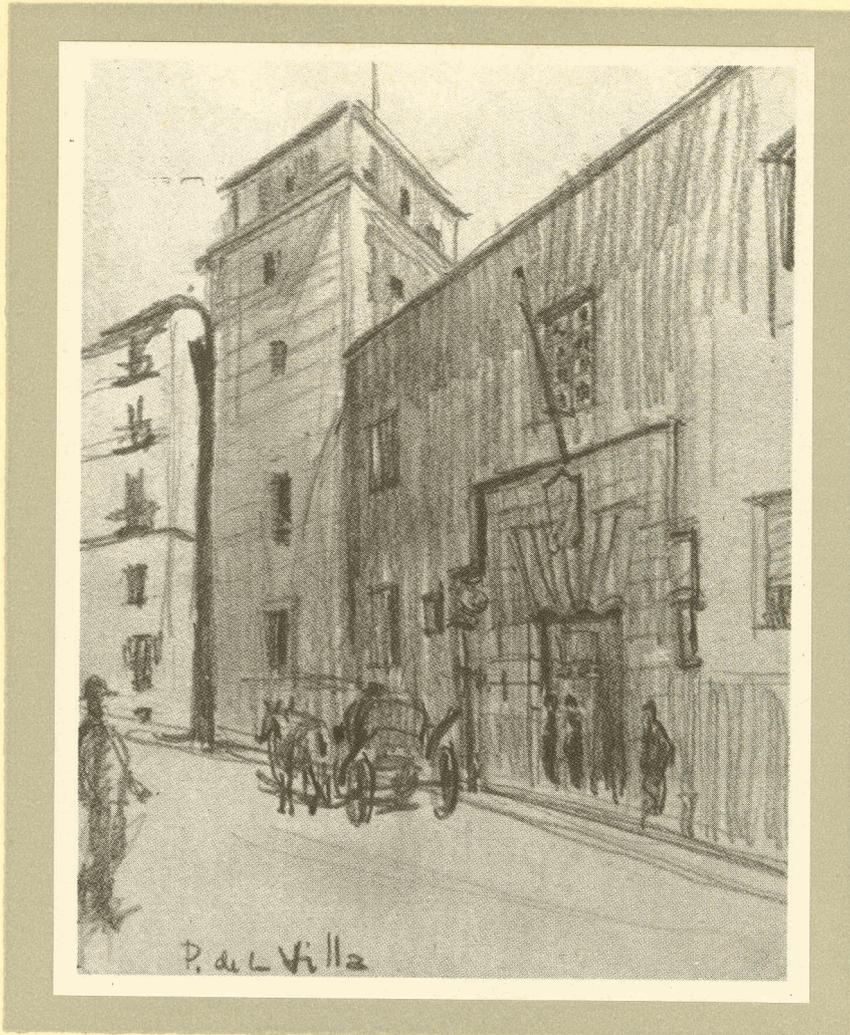
LA doble ese, sinuosa y graciosamente elegante, aparece en un ángulo de estos apuntes que veo, sin ningún significado esotérico, ni mucho menos de interrogación. En ellos la duda está resuelta, porque el trazo firme y seguro, animado por el hálito inconfundible de la inspiración, que da su fuerza a los dibujos que las acompañan, manifiesta que el artista cuyas son aquellas iniciales ofrece ya en su mocedad la plenitud de su talento.

CUANDO el apunte rápido se convierte en la obra cuajada que posee todas las calidades y cualidades del viejo y moderno y eterno grabado en madera o florece colorido sobre el lienzo, la ese inicial se desenvuelve y escribe un nombre determinadamente español. El de Santiago. Nombre que en este caso, con una continuidad folklórica tan bien hallada y lograda, parecería suponer la premeditación de un pseudónimo. Pero la verdad es muchas veces más amable y más bella que la fantasía, y la realidad ha querido que este artista, que trae a la tierra antañona y peninsular de Iberia el espíritu isleño de las Afortunadas, retazo de la Atlántida inmersa, vestigio inquietante de la juventud del planeta, se llame Santiago Santana.

ES la correlatividad de dos hojas de nuestro almanaque tradicional. De dos fiestas otrora mayores en España. La del apóstol y la de la abuela de la Virgen. La copla junta esas festividades para seguir, como en el calendario pagano, la relación religiosa con la tierra ubérrima, con los dones de Pomona y de Ceres:

*Por Santiago y Santa Ana
pintan las uvas,
y a la Virgen de Agosto
ya están maduras.*

LA de Santa Ana era también una de las grandes funciones mandadas celebrar por el Concejo de Madrid. En tal día como ese del 26 de julio comienza Cervantes la acción de "La gitanilla". Los gitanos que acampaban en el rancho de las afueras de la puerta de Santa Bárbara iban en esa fecha ceremoniosamente hasta la iglesia de Santa María, en otro extremo de la villa, y en el atrio del primer templo madrileño danzaba Preciosa, para honra y alabanza de la madre de Dios.



PLAZA DE LA VILLA

SANTIAGO Santana, pensionado del Cabildo Insular de Las Palmas no es un desconocido en Madrid. A principios del pasado mes de junio hizo en el Ateneo una Exposición, cuyo catálogo llevaba unas líneas preliminares firmadas por Agustín Millares. He aquí otro gran isleño vinculado a Madrid. Millares, que con su malogrado hermano gustó entre nosotros el éxito como dramaturgo, ha dejado a la escena en espera de la prosecución de su labor; pero entretanto, la investigación le agradece su actividad fecunda, y la historiografía se enorgullece de su labor en el archivo matritense.

SANTIAGO Santana, que había pasado por París y por Barcelona, donde después de captar las recias marinas y los fuertes paisajes de la costa brava celebró el pasado año una afortunada Exposición, ofreció en el Ateneo madrileño su vario trabajo, en el que abundaba el tributo a su tierra natal. Los dibujos minuciosos, con técnica que parece de bordado, para representar ejemplares de la flora canaria, como ese cactus gigantesco, que es una enorme mano de dedos espinosos que se levanta en ofrenda hacia el cielo, y como ese áloe, que riza o más bien desgreña sus hojas a la manera de los tentáculos de un pulpo. Y luego, en un desbordamiento de color, los floreros, los bodegones, donde las frutas ostentan su corporeidad y se sienten en ellas la pulpa jugosa, y los desnudos, que son a la vez culminación de la flor y del fruto.

CUANDO Santiago Santana llegó a Madrid fue la entraña de la villa vieja lo que le atrajo y cautivó. Como buen artista moderno, sabe todo lo que vale y significa la solera en el arte y que el espíritu no ha nacido hoy. Alumno de la Escuela Luján Pérez, que lleva el nombre del gran imaginero canario (recordemos junto al nombre de "Fray Lesco" aquellos tan queridos de Tomás Morales y de Miguel Sarmiento), una atinada dirección desde sus comienzos sirvió de guía a su intuición. Y Madrid, como a Galdós, su paisano glorioso, le reveló el secreto de su encanto tradicional y popular.

ESE Madrid, que de algún tiempo a esta parte encuentra reconocida su valía y viene, por fortuna, requiriendo la atención de los artistas y de los estudiosos, se ha abierto a Santiago Santana como a todo el que acierta a comprender su misterio, y Santana nos entrega una nueva visión y versión de sus rincones adorables.

ENTRA en la plaza Mayor por el callejón del Infierno y sale por el arco de Fortunata, como deberemos llamar a la bóveda de la escalerilla de piedra que empieza en el postigo del Púlpito y conduce a la hondura de Cuchilleros, el verdadero cavón que enlaza las Cavas. Y el dédalo de las callejuelas históricas le brinda sus sorpresas.

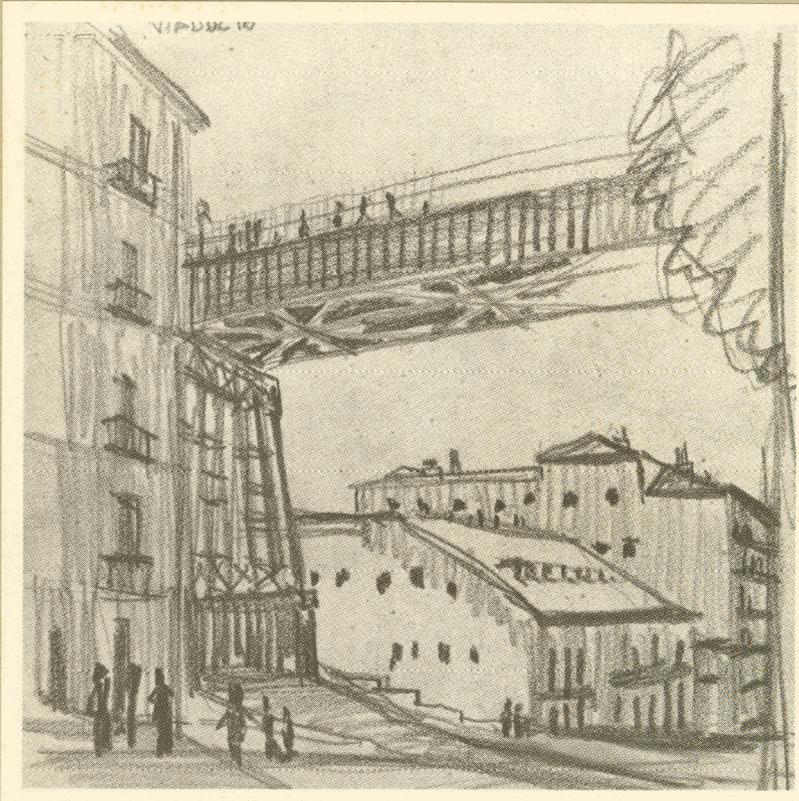
HUYE de los planos en que el dibujo usurpa su estatismo a la fotografía, y así le basta una de las torres filipinas de la Municipalidad para dejar bien vista y situada la Casa de la Villa, enfilada por la calle Mayor y con el paradigma del neoclásico balcón de Villanueva. San Nicolás, con su escondida traza árabe y su recuerdo solemne de Juan Herrera, le solicita entre los recovecos del Biombo. En otras revueltas, la casa de la marquesa de Siete Iglesias, viuda del degollado don Rodrigo Calderón, trocada en palacio del Nuncio. En San Ginés no busca el atrio modernizado de la calle del Arenal, sino la puerta tapiada de la cripta de los disciplinantes, en la calle de Bordadores, o el arco del Pasadizo, que permanece como cuando el espanto lúgubre de Marcos de Obregón.

LA torre de San Pedro, sencillo monumento simbólicamente mudéjar con que Alfonso XI conmemoró en Madrid la toma de Algeciras, surge enmarcada por la que antaño se llamó calle Sin Puertas. Y en un hallazgo que sitúa una ruina moderna entre dos antiguallas que perduran, el viaducto, ya histórico y presto a la desaparición, cruza entre el fondo de la casa del Pastor y de los Caños Viejos y la tahona de Moneda de Oro, una de las casas que quedan de la ceca de Madrid.

LUEGO es la vitalidad graciosa del pueblo en los mercados. La plazuela de la Cebada, la Ribera de Curtidores con sus casas a la malicia y sus tenderetes mañaneros. Las viejas y las nuevas Américas. La portada del patio de la Casiana. Las páginas diversas del libro siempre renovado del Madrid pintoresco.

SANTIAGO Santana clava cada día su lápiz vivisector en la entraña madrileña. Y con la doble llave de sus eses deja el momento que captó su visión encerrado en la cárcel liviana de una octavilla hasta la hora de fijarse para siempre entre las líneas recias y definitivas que imprimen su noble huella en el grabado.

PEDRO DE RÉPIDE



VIADUCTO

CALLES Y PLAZAS

I al 44

San Jaime.

Pretil de los Consejos.

El Viaducto.

Plaza Mayor.

Plaza del Biombo.

Retiro, Monumento a Cajal.

Puente de Toledo.

Iglesia de Santa María.

El Pulpito.

Plaza de Santiago.

El Manzanares.

Viaducto.

Puente de Toledo.

Calle de Sacramento.

Plaza Mayor.

Eslava. Plaza de San Ginés.

El Rastro.

Fuente de Apolo.

Estación del Norte.

.....

PUEBLOS

45 al 49

El Pardo.

Chinchón.

Alcalá de Henares.

Huertos de Valderrama.

PERSONAJES

50 al 62

Tipos populares.

Ramón Gómez de la Serna.

Valle Inclán.

Las Palmas de Gran Canaria

Mayo, 1968



